
Lourdes Quintanilla *

El Declive de la
UTOPIA

La *Utopía* es la región que no existe en ninguna parte. Una ficción, una imaginaria representación de la mejor sociedad posible, la comunidad de la felicidad realizada. Se juega a la utopía en una sociedad desencantada que busca desesperadamente la alteridad social. Los escritores de utopías son unos soñadores forjadores de quimeras o bien sus proyectos racionales proponen alternativas viables. En ambos casos, son construcciones imaginarias que si bien toman sus datos de la realidad circundante proponen mundos inexistentes.

El anhelo de otros mundos parece ser tan viejo como el hombre mismo. A lo largo de la historia occidental abundan los testimonios utópicos. Platón y su *República*, Tomás Moro y su *Utopía*, Campanella y su *Ciudad del Sol*. Nostalgias de los orígenes que depositan la esperanza en una Edad de Oro perdida o en una Arcadía futura. Se trata de reabrir el horizonte, es decir del porvenir, de la esperanza y de la perspectiva para desbloquear la desesperación del presente y que puede conducir al paraíso o al infierno, no sabemos. Pero ¿quién puede vivir sin promesas? Hacia atrás o hacia adelante siempre buscamos evitar el penoso presente.

El Poder puede fabricar utopías para monopolizar y confiscar nuestros sueños y deseos. Cuenta con la tecnología de comunicación y propaganda. Hoy la utopía tiene rasgos técnicos: ovnis, extraterrestres. "Parece que se echa de menos, dice Ernst Jünger, lo que antiguamente eran los ángeles y lo que ellos daban".

* Profesora adscrita a la Coordinación de Ciencia Política de la FCPyS-UNAM.

Hay también anti-utopías que revelan un profundo escepticismo por lo que se refiere a la realización de los sueños utópicos. Baste citar *Mundo Feliz* de Huxley escrita en 1932. Allí reinan la abundancia y la higiene perfecta, una raza fuerte y sana. La ciencia y la técnica permiten diferenciar a los grupos sociales aún por su coeficiente intelectual. Todo se desarrolla en común y en público. El amor y la familia no existen, los sueños están programados en aras del perfeccionamiento racional de la sociedad.

Georges Orwell escribió en 1948 su famoso *1984*. Describió un régimen colectivista cuya perenidad y funcionamiento estaban asegurados por el partido encargado de reinventar el pasado para asegurar el porvenir. Los retratos del *Big Brother* se encontraban por doquier. Reinaban la ortodoxia y la sumisión.

Mundo Feliz y *1984* aterrorizaron a un mundo que observó perplejo adonde podía conducirle el mito del progreso y, paradójicamente, sólo anhelaba el regreso. Contemplaba el presente con alegría a pesar de las dificultades y desconfiaba de la posible realización de la utopía que reducía a cero los valores irreductibles del individuo perdido como un número en la colectivización forzada como condición indispensable para edificar una espantosa “Ciudad de Dios”.

Ahora bien, las utopías y las antiutopías se leen y se comentan en círculos restringidos. Afortunadamente, lo imaginario social y la memoria compartida no necesitan libros y archivos. Hemos visto, a fines de 1989 que bastó un momento para destruir lo que una larga sucesión de injusticias había acumulado. Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania hicieron posible lo imposible. La burocracia no pudo barrer la memoria compartida de esos pueblos deseosos de democracia. Es cierto que tienen muchos problemas y grandes incertidumbres. Pero rompieron símbolos y desnudaron al poder. Bien sabía Maquiavelo que los que han conocido la libertad se niegan a convertirse en siervos. Erasmo de Rotterdam decía que siempre hay quienes ven claro a través de las tinieblas. Los que desean la libertad y luchan por ella siempre han sido un peligro para todos los tiranos.

Se afirma que hay un declive de la utopía y que por ello se ha cancelado la esperanza en una vida mejor. Lo que ha muerto es el proyecto racionalista que pretendía someter el orden social a la geometría, suprimía la fantasía y ahogaba la libertad. Ha muerto la utopía como sistema cerrado que se autolimita y se reproduce a sí misma. Ha fenecido la idea del hombre subordinado a lo colectivo, a la pretendida igualdad que mata la equidad y la posible felicidad individual. En suma, se ha renunciado a los “sueños útiles”, a los “sueños concretos”, a las mentiras piadosas para la imposible y única solución. Terminan las especulaciones

sobre una sociedad perfecta y sobre los paraísos que suprimían las diferencias.

Gracias al declive de la utopía racionalista, podemos ahora asumir el Presente como posibilidad. Gustar el sabor del Hoy antes de que se haya convertido en Ayer o en un Mañana incierto. El instante como la única posesión. Todos los mundos posibles están en éste. Velar por el aquí y el ahora supone no permitir que sea cómplice de un porvenir totalitario.

Contra el despotismo de los sistemas y de las burocracias que nos asfixian tenemos el único recurso saludable: la verdadera poesía que siempre ha sido un testimonio para la libertad y que acepta vivir la vida intensamente y sin justificación, como una aventura más o menos razonable, como un riesgo donde todo es posible. La sociedad es una tentativa, no un contrato, decía Nietzsche. “La verdadera generosidad hacia el porvenir, comentaba Albert Camus en *El Hombre Rebelde*, consiste en dar todo al presente”. Escogió *Itaca*, la tierra fiel, el pensamiento audaz y frugal, la acción lúcida, la generosidad. . . “El mundo es nuestro primero y único amor. Rehusemos dejar la dicha para más tarde”.

Los hombres adoran las certezas. Creer en cualquier cosa antes que creer en nada. Buscamos inquietos en la Antigüedad, en el cristianismo, en Oriente o en Occidente. Sólo los poetas saben que “el camino misterioso va hacia el interior y que la eternidad con sus mundos, el pasado y el presente está en nosotros o no está en ninguna parte” (Novalis). Para Baudelaire “en el viaje alrededor de uno mismo hay que buscar y encontrar toda posible felicidad del cielo y de la tierra”.

El tiempo sigue su curso poblando el mundo de sueños y deseos. Millones de hombres y mujeres con sus penas y alegrías, sin obsesiones utópicas, miran todos los días que la vida renace, aprenden a vivir y a morir y a esperar.

El que espera vive plenamente en el presente: Nietzsche exalta el gran presente del hombre y critica “a los que querían aspirar con todas sus fuerzas a la universal y verde felicidad-prado del rebaño, llena de seguridad, libre de peligro, repleta de bienestar y de facilidad de vida para todo el mundo”. Por el contrario, opina que la dureza, la violencia, el peligro y todo lo que de animal rapaz hay en el hombre sirve para la elevación de la especie.

Charles Péguy celebra que sobre la superficie de esta querida tierra quede la esperanza: “Sólo hasta el final debemos ser padres del futuro. Nuestra extrema intervención acontece en la esperanza de nuestros hijos”. Termina con una cita de Christa Wolf: “El único peligro de muerte es no aprender a vivir”.